

POR QUÉ NO IMPONEMOS CREENCIAS

Annie Besant

POR QUÉ NO IMPONEMOS CREENCIAS

Annie Besant

La Sociedad Teosófica existe para estudiar y difundir Teosofía. Esto significa: 1º, difundir el pensamiento de que el hombre puede obtener el conocimiento directo de Dios; 2º, indicar el camino abierto hacia los Maestros de la Sabiduría, el cual pueden recorrer todos los que lo quieran; y, 3º, mostrar que las religiones del mundo tienen una base común y tratar de evocar tolerancia mutua a base de comprensión. En estos tres puntos está lo que significamos por Teosofía.

Ahora bien, a algunas personas les parece raro que una Sociedad que existe para estudiar y difundir Teosofía, no ponga como condición para ser admitido a sus filas la aceptación de ciertas creencias. Esto lo consideran muy extraño y excéntrico. Y nos preguntan “¿Cómo esperan entonces que sus miembros difundan la Teosofía? ¿Qué garantía tienen ustedes de que su Sociedad triunfará en la tarea para la cual existe?”

Estas preguntas son muy naturales, pues estamos muy acostumbrados a la imposición de credos. Como se nos dice tan a menudo que debemos creer esto y no creer aquello, cuando nos encontramos ante un grupo de personas presumiblemente sanas, reunidas para un objetivo particular, para recopilar, estudiar y difundir ciertas ideas, naturalmente decimos: “bueno, ustedes deben hacer de la aceptación de esas ideas una condición para ser admitidos”. ¿Qué sería una Sociedad Química si sus miembros no fueran químicos? ¿De qué serviría una Sociedad Geográfica si sus miembros no viajaran por el mundo ensanchando los límites del conocimiento de la geografía? Y así sucesivamente. Por eso parece por el momento que somos extraños, con nuestra carencia de una base dogmática o de credo sobre la cual pueda edificarse nuestra Sociedad.

Y no obstante tenemos una razón muy real y muy seria para no preguntarle a ningún ser humano, cuando solicita admisión, “¿Qué cree usted?” No le preguntamos si es hindú o budista, o parsi, o musulmán, o jaino o cristiano. No le preguntamos sino una sola cosa: “¿Está dispuesto a aceptar nuestros objetivos?” Y el primero de ellos es formar un núcleo de fraternidad universal sin distinción de credo, de sexo, de raza, de casta o color. Vivir con los hombres como formando una Hermandad, ese es el gran objetivo de nuestra Sociedad. Y los otros objetivos son: estudiar religión y mitología comparadas, y estudiar los poderes latentes en la naturaleza y en el hombre. Tales son nuestros objetivos formulados.

¿Cómo, entonces, suponemos que nuestros miembros llegarán a aceptar la Teosofía y difundirla? Porque sostenemos que ningún hombre debe aceptar la formulación de una verdad que él mismo no ha estudiado, y que ha recibido porque ve que es cierta. Porque creemos que la única condición para el adelanto intelectual es el ejercicio libre de la inteligencia

sobre cualquier tema que se le someta. Porque pensamos que profesar una creencia sin investigación, muestra una concepción enteramente falsa de lo que realmente es el ser humano, especialmente si esa profesión de creencia es impuesta por autoridad, o es una condición para ganar alguna ventaja.

Con el conocimiento no se trafica. La verdad no se compra. Que uno realmente crea o no en algo, depende enteramente de que uno vea que es verdad. Y solamente puede verlo si usa su razón para juzgarlo, y si por propio estudio lo asimila hasta que se vuelve parte de su mente. La verdad se ve en el momento en que, al trepar por el monte del conocimiento, llega uno a un punto en donde esa verdad se hace visible a sus ojos. ¿Qué pensaríamos de alguien que, señalándonos un lado del monte, antes de permitirnos ascenderlo, nos dijera: “usted tiene que creer que cuando vaya en la mitad verá tal y tal aldea allá abajo”. Como hombres le diríamos: “Déjeme trepar y entonces yo sabré si existe o no una aldea donde usted dice; yo nunca he estado allí, nunca la he visto; no me interesa aceptar la autoridad de su declaración, y mientras yo no la haya visto no hay razón para que usted me exija que crea que existe.”

A medida que uno crece en conocimiento, una verdad tras otra entra dentro del alcance de su inteligencia. Profesar creencias antes de haber estudiado, es irracional y necio. Primero estudiar y luego creer.

Pero podría decirse: “Cómo puede uno estar seguro de que llegará a la verdad?” Primero, tenemos fe en la verdad. Tenemos fe en que no se necesita más que verla para aceptarla. Y creemos que así es, porque el hombre por la naturaleza de su constitución, tiene como un aspecto de su consciencia el poder de conocer lo que está fuera de él. Sus sentimientos están dentro de él, como determinación propia a la acción. Pero su intelecto tiene ojos que se abren hacia fuera, al mundo que lo rodea. Y por eso es capaz de conocer. En uno de los Upanishadas se dice con relación al intelecto, “su naturaleza es el conocimiento”.

Somos un reflejo de la Naturaleza Divina, y un aspecto de esa Naturaleza es el conocimiento. Ese aspecto divino de conocimiento responde a Dios en el universo externo, en donde El está velado en los objetos del conocimiento. El Dios interno mira al Dios externo y conoce los objetos, los asimila, los reproduce. Pero la condición para ello es la acción de la inteligencia, sin ningún soborno que la tiente, y sin ninguna amenaza que la paralice. De ahí que estemos a favor de la libre investigación. Nos damos cuenta de que la verdad es una cosa tan grande, que responde de tal manera a la índole humana que es verdad, que cuando la verdad interna ve la verdad externa, el intelecto es como la cuerda que responde a una nota sola. Tal como uno afina el violín con otro violín, o con el piano que va a acompañarlo, y tal como el pulsar las notas es suficiente para saber si están o no a tono, así también al pulsar la nota de la verdad en el hombre por un hecho externo, suena un acorde o una discordancia que el hombre puede

notar, pues toda falsía es discordancia y toda verdad es acorde. Y cuando lo externo y lo interno se corresponden entre sí, se tiene la verdad. Nunca de otra manera. Esa es una razón para que no exijamos profesión ninguna de creencia.

Hay otra razón. Somos criaturas en evolución. No hemos llegado al final de la evolución. No conocemos el total de la verdad. La verdad es infinita como Dios es infinito; y un universo infinito dentro y fuera de nosotros se extiende más allá de todos los límites de espacio y tiempo. ¿Cómo hemos de atrevernos en esta temprana etapa de evolución, a formular una verdad para imponerla a nuestros hermanos, cuando no conocemos sino un fragmento de cualquier verdad, y a menudo no lo conocemos sino imperfectamente?

Podemos presentar una verdad. Es una piedra miliar en el camino de la evolución, y como tal es interesante. Muestra el punto hasta donde ha llegado el pensamiento humano sobre alguna verdad particular. Pero el sitio de la piedra miliar está al lado del camino para indicar qué tanto ha viajado un hombre. Y si en vez de poner la verdad como una piedra miliar en el camino, la ponemos como un dogma, como una barrera a través del camino, entonces cómo podrán las generaciones futuras conquistar verdades más elevadas y conocimientos más amplios? Primero tendrían que detenerse y volver añicos el obstáculo.

Esto es lo que muchos de nosotros hemos hecho, en aquel día amargo cuando descubrimos que lo que se nos había enseñado como verdad se desmoronaba al toque de la razón, y se rompía bajo nuestro pies como un puente carcomido, en la hora en que más dolorosamente lo necesitábamos. ¿Volveremos a cometer ese error? Tuvimos que romper los dogmas de nuestros antepasados. ¿Construiremos nuevos dogmas para que nuestros descendientes tengan que romperlos, y sufrir al hacerlo como sufrimos nosotros?

En vez de ello, confiemos en la verdad como confiamos en la luz solar. No necesitamos probar que el sol existe. Se prueba él mismo al iluminar todo el universo en su ámbito. No se necesita prueba alguna para la verdad. Se prueba ella misma por su propia luz inherente.

Por eso entre nosotros ninguno habla con autoridad de compulsión. Los que más saben no pueden forzar a los que saben menos, a aceptar lo que dicen. Tal es el principio general de nuestra Sociedad.